

Cuatro poemas

Raymond Carver

FELICIDAD

Tan temprano que casi está oscuro todavía.
Estoy en la ventana con una taza de café
y el acostumbrado atasco a esta hora de la mañana
en la mente.

Veo entonces al chico y a su amigo
acercarse por la calle
para repartir el periódico.

Llevan gorras y sudaderas,
uno de ellos la bolsa al hombro.

Son tan felices
que no se dicen nada, estos chicos.
Creo que si pudieran, se cogerían
uno al otro del brazo.

Es temprano, por la mañana,
y andan haciendo esas cosas juntos.
Se acercan, despacio.

El cielo comienza a cargarse de luz
aunque la luna todavía cuelga pálida sobre el agua.
Tanta belleza que, durante un minuto,
la muerte y la ambición, incluso el amor,
no tienen que ver con esto.

Felicidad. Llega
inesperadamente. Y sigue su camino; realmente
las primeras horas de la mañana nos hablan de ello.

UNA FRAGUA Y UNA GUADAÑA

Hace un minuto tenía las ventanas abiertas
y allí estaba el sol. Una brisa caliente
cruzaba la habitación
(subrayé esto en una carta).
Entonces, mientras miraba, se puso oscuro.
El agua comenzó a chapotear.
Los barcos deportivos dieron la vuelta
y se colocaron en línea, una pequeña flota.
El juego de campanas colgado en el porche
se cayó. Las copas de nuestros árboles se inquietaron.
El tubo de la estufa crujió y vibró
bajo sus arandelas.
Dije: «Una fragua y una guadaña».
Hablo así conmigo mismo.
Diciendo nombres de cosas –
cabrestante, maroma, marga, hoja, horno.
Tu rostro, tu boca, tu hombro
me resultan inconcebibles ahora.
¿Dónde se han ido? Es como
si los hubiera soñado. Las piedras que trajimos
de la playa apoyan su rostro
en el alféizar, refrescándose.
Vuelve a casa. ¿Me oyes?
Mis pulmones se cargan con el humo
de tu ausencia.

EL AÑO QUE VIENE

Aquella primera semana en Santa Bárbara no fue lo peor. La segunda semana se fue de cabeza al suelo mientras se emborrachaba, justo antes de iniciar una lectura. En la esquina del bar, aquella segunda semana, ella le quitó el micrófono de las manos a la cantante y susurró su propia canción de desamor. Luego bailaron. Y luego se cayeron redondos sobre la mesa. Eso no fue lo peor, tampoco. Fueron a la cárcel esa segunda semana. No iba conduciendo él pero le ficharon, le pusieron un pijama y le encerraron en Detox. Le dijeron que procurara dormir. Le dijeron que ya sabría de su mujer por la mañana. Pero, ¿cómo podría dormir si no le permitían cerrar la puerta de su habitación? Entraba la luz verde del corredor y se oía a un hombre llorar. A su mujer le habían pedido que dijera el alfabeto en el arcén de la carretera, en mitad de la noche. Esto ya es bastante extraño. Pero los polis le pidieron también que mantuviera el equilibrio sobre una pierna, que cerrara los ojos y que intentara tocarse la nariz con el índice. Se negó a todo. La encerraron por resistencia a la autoridad. Él le pagó la fianza cuando salió de Detox. Condujeron a casa hechos una ruina. Pero esto no fue lo peor. Su hija había elegido aquella noche para escapar de casa. Dejó una nota «Los dos estáis locos. Dadme un respiro, POR FAVOR. No me sigáis». Pero esto todavía no es lo peor. Seguían pensando que eran el tipo de gente que decían que eran. Respondiendo a esos nombres. Haciendo el amor bajo esos nombres. Noches sin comienzo que no tenían final. Hablando de lo ocurrido como si realmente hubiera sucedido así. Diciéndose a sí mismos que el año que viene, el año que viene por estas fechas las cosas iban a ser diferentes.